

## Las palomas de la plaza

Bototo

Me fui por el lado pesimista, lo sé.

Nosotros, en este mundo, tenemos los días contados, tal vez unos cuantos años más. Ya no será soportable vivir, disfrutar de este increíble planeta, el calor o el frío se harán agobiantes. Quería imaginarme de viejo, de anciano. A los ancianos los visualizaba como esos seres que hacen que sus segundos o minutos, o hasta horas, los destinan a alimentar las palomas de la plaza, que las reconocen, que las dejan posarse sobre sus arrugadas manos, que saben que la más tullida es la más amistosa, que la de mechón cobrizo es la más arisca y picotea al resto, que reconocen aquella que tiene —no sé cómo— esa tira de cordel amarrado con mil nudos en su diminuta patita.

Me quería ver así, quería disfrutar esa pausa tensa de saber que las horas contadas son solo para mí, para mi condición de abuelo que le queda poco aquí, quería llegar a ello pero sabía



que no podría, pero en una mentira piadosa lo había logrado, y no solo yo las reconozco a ellas, ellas también me reconocen a mí.